

pensar y el sentir de un filósofo tan utilitario y tumbón como Sieyes, el cual pedía, no tanto para tranquilidad y paz del Estado, como para su propia tranquilidad y reposo; no se metiera el gobierno con ellos y les dejase predicar cuanto les plugiera y les demandara el gusto, haciendo á sus vociferaciones místicas oídos de mercader antiguo. Imitando á Sieyes muchos espíritus elevados, poetas y pensadores de primer orden, más peritos en ideales fórmulas que en políticos problemas, pedían la tolerancia salvadora, invocando el derecho y la libertad universal. Esta indiferencia de Sieyes por el problema eclesiástico y ese puro culto de otras profundas conciencias á la filosofía y á la revolución, despertaban la cólera de los campesinos bien hallados con sus hierros de siervos, y les impelían á formar batallones reaccionarios, comandados por curas no juramentados, cuyas manos cambiaban los cálices sacros por los trabucos facciosos. Partidos así encuentran en la superstición una fuerza de que no pueden formarse idea los partidos laicos. La debilidad de nuestros ejércitos es la fuerza de los ejércitos contrarios; la debilidad de los niños y de las mujeres. En una revolución liberal estos dos factores sociales resultan impedimenta horrorosa; resultan tropas auxiliares de primer orden y de primera importancia en las guerras religiosas. Entre los incidentes de éstas ninguno tan pasmoso como el terrible de Aviñón. La inteligencia nuestra, de antiguo acostumbrada, y mucho, á las igualdades democráticas, que podrán pecar de unanimidad, pero que se hallan inspiradísimas en la justicia, no clasificará bien jamás, porque no podrá comprenderlos bien, tampoco, los factores componentes de una sociedad feudal. Baste decir que, antes de la revolución, y bajo la unidad monárquica, tan celebrada, existían en Francia desde feudos políticos, donde se alzaba como un Rey el Pontífice romano, hasta feudos políticos, donde se alzaban como Reyes los electores y los duques alemanes. De aquí grandes contradicciones: curas y sacerdotes predicando la guerra material, y políticos revolucionarios predicando la paz y la concordia cristianas. Así puede asegurarse que comenzó el asqueroso terror, no por la revolución, por la reacción, y que dieron ejemplo tan espantoso á los revolucionarios, sus más implacables enemigos. Todos los feudalismos igualmente perversos; mas ninguno en perversidad excede al feudalismo teócrata. En Aviñón se crió aquel abate Maury, que llevaba las doctrinas de Cristo en los labios y las doctrinas de Epicuro en el corazón. De Aviñón fueron á París gran parte de los sacerdotes galantes que corrompían la vida de aquella generación y desacreditaban la fe católica, muy quebrantada por su mal á los golpes racionalistas de la filosofía, con torpes ejemplos eclesiásticos.

Como en toda tierra de supersticiosos, la reacción y la revolución eran allí feroces igualmente. Y cuando las ideas, encrespadoras de los ánimos, encuentran muchedumbres ciegas y feroces, las arrojan, como buitres, en pro de una causa; por cualquiera combaten, talan, violan, incendian, persiguen, hieren, asesinan. En los comienzos de la revolución todo iba muy bien. El pueblo aviñonés había levantado un altar á la Federación; y, después

de cortesmente despedir al eclesiástico legado del Papa, se había vuelto á Francia, reincorporándose á su natural nacionalidad. Una broma ligerísima engendró una catástrofe suprema en aquellas circunstancias espantosas: los papistas ahorcaron un pelele, vestido con la bandera tricolor; el pueblo liberal cogió tres papistas vivos en su casa, y los vió patalear en la soga de donde pendieran los peleles. El aire tomó calor de guerra civil; el suelo estremecimientos de volcán revolucionario. Se habían anexionado aquellos ciudadanos á Francia; y la Constituyente les miró con fría indiferencia. Desde tal momento, perseguidos por la reacción furiosa, tuvieron que defenderse con furia. Dejados de los constituyentes, restauraron las sectas reaccionarias nada menos que un instituto tan odioso cual era entonces, y lo es siempre, la Santa Inquisición. El partido revolucionario demandó auxilio contra tal atentado al novísimo derecho; la Constituyente mandó tres batallones de aristócratas clericales. Pero los desairados supieron conspirar y moverse, yéndose con la escasa gente de los batallones fieles á la revolución en pos del triunfo revolucionario, apercibido por sus lenguas largas y procurado por sus cortas fuerzas. Todos los jefes eran jóvenes, y todos los soldados eran desconocidos. Como los primeros cruzados de la Iglesia, estos cruzados de la libertad, no sabían dónde iban. Parecían ellos una tormenta de la tierra, y los dispó una tormenta del cielo. Esta derrota bajo el golpe de los elementos, hizo creer á los fanáticos que la Virgen misma los venciera, obrando para vencerlos un verdadero milagro. Así es que, mientras los revolucionarios de Aviñón imaginaron cosa fácil ganar al nuevo régimen los pueblos circunstantes, impelían al régimen antiguo los reaccionarios, no sólo estos pueblos, la misma capital, de adhesiones tan espontáneas á la Constituyente y de repulsión invencible al gobierno sacerdotal. Pero, en el combate gigantesco entre las fuerzas reaccionarias y las fuerzas revolucionarias de Aviñón, éstas acoelaron á levadas para engrosar sus huestes, á razzias para suprimir sus enemigos, poniendo unas y otras bajo la dirección de generales improvisados, que aspiraban á dictadores ya, como el general Jourdan. Llamábanle con tal nombre, que significa en lenguaje popular cortador, porque se gloriaba de haber descabezado al comandante de la Bastilla y puesto en chuzos las cabezas de los realistas que acompañaran el paso de la dinastía en las jornadas revolucionarias del mes de Octubre desde Versalles á las Tullerías. Y, sin embargo, muy nervioso este hombre, lo mismo reía que lloraba; lo mismo caía como un milano de largas uñas sobre su presa, que acorría, como una hermana de la Caridad, los heridos y los moribundos, porque estas gentes, de cambios bruscos, van desde su propia inmoliación al canibalismo en los opuestos estados de su temperatura moral. Michelet confiesa que los defensores de la libertad en el territorio aquel, tan azotado por la guerra, llegaron á comer carne humana. Tales atrocidades mancharon la causa del pueblo, y produjeron una reacción espantosa en los ánimos. Cuando se mezclan en los cielos del alma los crepúsculos vespertinos de una idea en su ocaso con los crepúsculos matutinos de otra

idea en su alba, reina confusión espantosa y todo se perturba. El Congreso Constituyente unas veces recibía, otras veces rechazaba, el voto de Aviñón anexionándose á Francia. Cuando le sobrecogía el frío reaccionario, Aviñón era del Papa romano; cuando le sobrecogía la fiebre revolucionaria, todo lo diametralmente opuesto pasaba en la incertidumbre universal. Aviñón era del pueblo francés.

Hubo momentos en que las bandas nacionales y revolucionarias tuvieron que dispersarse ante los influjos reaccionarios de París. En esta dispersión los cazaron en verdaderas trampas como conejos. Destruíanlos poco á poco, uno á uno. El veneno acudía cuando marraba el puñal. En brazos del amor encontraban la muerte los cuitados. La ira fué tal y el temor á esta ira tan intenso, que su jefe Jourdan, el descabezador, lloró al disolverlos públicamente, y ver cómo se les abría bajo los pies en edad como la suya, todos jóvenes, en tiempo de fe y esperanza, todos liberales, el abismo de la oscura eternidad. Una triste noche mataron en cruel aldea, tan chica, que parecía un caserío, hasta once militares de la patria. Un historiador dice que los milicianos del ilustrado Aix concluyeron por indignarse á tal ojeo, en términos, que desenterraron las víctimas ya putrefactas y constriñeron los aristócratas del contorno á pedirles perdón, arrodillados ante sus apestosos cadáveres. En estas alternativas de acción y reacción, surgió un ayuntamiento revolucionario, que derritiera las campanas, acaparara los tesoros y ornamentos sagrados, pusiera en subasta los bienes eclesiásticos. Tal ayuntamiento pidió que se reconociera el derecho de Aviñón á sumarse con Francia y la decretó la Constituyente. Mas no cedieron los reaccionarios. Un régimen progresivo triunfa por cualquier decreto; no se arraiga sino por un profundo cambio de creencias y de costumbres al influjo del tiempo. En esta guerra civil tenían los revolucionarios la minoría con sus nuevas progresivas ideas; los reaccionarios, la mayoría con sus viejas arraigadas supersticiones. Los revolucionarios no creían en el milagro; los reaccionarios imaginaban verlos con sus propios ojos y tocarlos con sus propias manos. La Virgen María estaba por la reacción, y lloraban gotas de sangre sus ojos para enardecer los ánimos y provocar los martirios. Estos martirios conmovieron á las mujeres: y conmovieron á los hombres noticias y cosas más molares. Corrió el rumor de que los revolucionarios se habían apoderado de todos los objetos empeñados en el Monte de Piedad con todos los objetos adscritos á las parroquias. El eco de semejante rumor siguió un motín ultramontano. En este motín ultramontano el ayuntamiento fué puesto á saco por los rebeldes, y el secretario de la corporación arrastrado á un convento y muerto entre violencias horribas al pie de los altares. Todo crimen provoca un movimiento indeliberado de horror público y privado á la causa que oscurece y mancha. El general jacobino, Jourdan, se propuso con su gente castigar el crimen y reprimir á los criminales. Tenía el vengador sus gentes dispersas, y para llamarlas, tocó audaz un verdadero campañón de plata maciza que repicaba por la consagración y doblaba por la muerte del Papa,

dos veces en cada pontificado. A este sonido se reunieron los revolucionarios contra los papistas. La primera decisión, que pusieran por obra, fué acorrer al secretario liberal, aun agonizando en el sagrado lugar y sin acabarse de morir, aunque los papistas habían roto sus palos en la cabeza de aquella víctima, y las papistas con sus tijeras de costura le habían abierto el vientre y cortado los intestinos. Para vengarlo, Jourdan decidió un juicio sumario que castigase los culpados; la exajeración, subsiguiente á todas estas resoluciones violentísimas, decretó una matanza. En parte alguna tantas tradiciones inquisitoriales como en Aviñón. El palacio pontificio era enormísima terrible mole alzada sobre antros, donde la Inquisición tuviera sus quemaderos y sus carnicerías. Allí no se perdonaba ni á los muertos; sus cuerpos maculados por el crimen religioso no merecían sepultura y tierra, mientras sus almas en pena tornaban por la noche, plañéndose y mostrando los horrores del castigo aplicado á la herejía. Y allí cambió el móvil de los fanáticos; no cambió el crimen. Cien hombres fueron degollados por manos revolucionarias, trocadas en manos de iuquisidores, sobre las mismas losas ensangrentadas donde sus padres inmolaron las víctimas del Santo Oficio. Malheridos, atormentados, puestos en torturas horribas estos mártires, como reses del matadero, sin distinción alguna de sexo y edad, fueron precipitados en montón desde las alturas del castillo al fondo de los calabozos, como séres enterrados en sepulcros recién abiertos, y resistiéndose mucho á la muerte, no obstante respirarla en los aires y andar sobre sangre coagulada, miembros rotos intestinos deshechos, moribundos palpitantes, cadáveres calientes, echaron montones de cal viva, para que pasasen por los más terribles horrores y tuvieran un fin espantoso.

Ante catástrofes tamañas, no puede uno menos que pararse y contemplar lo que las humanas sociedades padecen al renovarse, rejuvenecerse, progresar. Nada más útil al progreso universal que la igualdad de derechos en todos los ciudadanos y la dirección de cada sociedad por sí misma, bajo leyes para ella dictadas y provinientes de su interior, suprema soberanía. Pues principio, tan justo, como la igualdad fundamental de los derechos humanos; y obra, tan progresiva, como la fundación de verdadera nacionalidad una en Francia, chocaban en creencias religiosas amortizando la conciencia dentro de asociaciones privilegiadas, ó en hábitos de obediencia servil á los poderes históricos; todo contrario de suyo á la libertad y á la patria. El asunto de los asuntos entonces era el asunto religioso complicado con la emigración rebelde. Lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo: el cura ortodoxo dictaba la guerra civil y el emigrado conspirador la guerra europea. Este horrible caso de Aviñón, que pálidamente acabamos de presentar, empieza el terror, la mancha de aquella creadora y benéfica revolución, al cual terror contesta guerra civil, no menos calamitosa y criminal. Progreso más evidente que la conclusión del feudo teocrático, por opuesto al espíritu y letra del Evangelio, que dividiera el poder espiritual del poder temporal, no podrá nunca darse; y sin embargo, contra su realización se levantan

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. B. I.

todas las pasiones religiosas y azuzan las pasiones demagógicas, volcando el infierno sobre la región más fecunda y más risueña de toda Francia. Ciegas las pasiones políticas siempre como toda pasión, pero mucho más ciegas de suyo y mucho más terribles para las naciones, cuando se alzan y exacerbaban el fuego del santuario y creen órdenes ó mandato de Dios los tristes escurecimientos de conciencia y las dañosas perversiones de voluntad que sugieren al hombre delitos ó crímenes. Nada menos dócil á los supremos imperios de las potestades políticas y de los códigos civiles que la conciencia religiosa. Ninguna fe ha bajado de arriba, todas han subido de abajo. El dogma de cada pueblo está en armonía y consonancia, lo mismo con su temperamento propio, que con su historia secular. La sobreexcitación de vida, consustancial á la India, sumergíala en el Océano de la idea panteísta, donde se anegaba y perdía; el desierto uniforme, con su aire unísono y su horizonte inacabable, inspiró al semita la unidad de Dios, recogida y patentizada por sus profetas y sacerdotes; mercader el fenicio por los cortes de su Península, tendrá dioses mercaderes, y astrónomo el caldeco bajo la bóveda de un cielo claro y revelador, adorará en una religión sabeísta el resplandor de las estrellas y el éther de los soles; como los inspiradores hijos del archipiélago heleno tendrán una religión estética, un símbolo político los consumados estadistas latinos. Cuando el primer Emperador de Oriente propendió á la religión cristiana, entonces novísima, tuvo que fundar para su establecimiento y desarrollo nueva capital del mundo y nuevo imperio romano, por contrariar mucho la innovación á Roma y á su antiguo imperio. Nunca el golpe de Estado, que diera Teodosio contra la religión pagana y en favor de la religión católica prevaleciera, sino entraran, poco después de tal resolución *ab irato*, los bárbaros, advenidos á la Iglesia y en la Iglesia bautizados recientemente, á sacar los perseguidos mártires de las Catacumbas, elevándolos á las cumbres del Vaticano y del Capitolio. No basta decretar una religión para que tal religión exista. No basta desde lo alto dictar disposiciones canónicas para que tengan fuerza de ley en las Iglesias antiguas y alteren los dogmas ó los códigos religiosos. Robespierre, tan fánatico, imaginaba dar un golpe de muerte á la Iglesia tradicional, proponiendo el casamiento de los curas. Parecía una innovación, dado los tiempos, natural, y sin embargo resultaba imposible. Para quitar el celibato, se necesitaba un esfuerzo tan desmedido como el que costara imponerlo. Cuando, para dar á la Iglesia todo un gran poder y separarla en lo posible del mundo, estableció Gregorio VII en la undécima centuria el celibato, se le sublevaron los clérigos por continuar casados, como se le sublevaban siete siglos más tarde á Robespierre por continuar célibes. No hay nada tan revelador para la inteligencia de cuanto cuesta el desarraigar una reforma, que mirar y saber cuánto costó arraigarla. Volvamos los ojos á Gregorio VII estableciendo el celibato, y veremos que sus contemporáneos le trataron, por establecerlo, como sus contemporáneos trataron á Robespierre por abolirlo.

En la primera cuaresma del año 1074 congregó el Papa una grande Asamblea de obis-

pos, y propuso en ella todas las reformas que creía necesarias al mejoramiento y esplendor de la Iglesia. Con el fin de cohonestar la más difícil y penosa, la del celibato eclesiástico, unióla estrechamente á la más hacedera en sí misma y más admitida por todos, á la extirpación de los simoníacos y sus simonías. Los clérigos simoníacos y los clérigos casados cayeron bajo el mismo implacable anatema. La conmoción, que esta medida causara en el mundo, apenas puede pintarse hoy tras tantos siglos de ser célibes los clérigos y de ir unido el celibato al sacerdocio en la religión católica. Entonces que tal canon de nuestra disciplina eclesiástica no tenía el vigor de ahora, casados en gran parte los clérigos seculares, conmoviéronse los sentimientos más hondos y arraigados en el corazón humano, los sentimientos de familia, y alarmaron con general alarma, en más ó menos grado, el ánimo de todas las naciones. No hablemos de los pervertidos y amancebados, ni de aquellos que se unían á hermosas damas feudales por poner sus mitras ó sus cóngruas al abrigo de asaltos é irrupciones en la sombra de un castillo señorial, hablemos del común de las gentes eclesiásticas, casadas por la tolerancia de los hábitos y costumbres sociales, bien quitas del sentir común; bien amadas de los suyos, bien avenidas con cielo y mundo en el hogar poblado de hijos, y que necesitaban abandonarlo todo, separarse de todo, dividirse el corazón en pedazos, entregarse á una soledad más triste que la del sepulcro y á una vida más obscura que la muerte, si querían conservar su augusto carácter de sacerdotes y ponerse bien á una con Dios y con la Iglesia. El cariño de una mujer amada, las caricias de los pequeñuelos venidos como ángeles del empyreo á la familia, el lecho y el hogar santificados por las leyes y las costumbres, tornábanse el infierno cuando hasta entonces parecían al ánimo sereno el santuario de la celestial bienandanza. Las revoluciones, que hieren los intereses, resultan difíciles y peligrosas. ¿Cuánto más no resultarán las revoluciones que hieren los sentimientos? Veíase á padres ancianos y respetables morir de dolor al separarse de sus hijos; veíanse á tiernas y virtuosísimas esposas retorcerse de angustia y desesperación hasta tocar en la demencia. Y no hablemos de los que tenían móviles menos justos y costumbres menos puras; no hablemos del resuelto apoyo que en tales afectos encontraría la guerra del Imperio al Pontificado; no hablemos de cómo los odios contra Gregorio VII se henchirían á una en la exaltación de todos estos naturales sentimientos; no hablemos de la resistencia que encontraría la innovación radical en los corazones y en los ánimos. Los hijos de los eclesiásticos estaban acostumbrados á heredar con el nombre las prebendas y las cóngruas de sus padres. En la iglesia misma de San Pedro habitaban sesenta pensionados, guardadores del templo, laicos y casados, que solían engañar á los peregrinos, diciendo con distraces de cardenales y obispos misas sacrílegas, y manchar la iglesia, celebrando, como si fuera el templo de Eleusis, misterios orgiásticos llenos del más depravado sensualismo, y ensangrentar las incruentas aras del Crucificado con desafíos, riñas y asesinatos. Las familias eclesiásticas acudían á las potestades terres-